

sobrevivió mucho tiempo á este acto de suprema justicia : murió como Antíoco, porque habia vivido como él. Antes de espirar recomendó á Licinio, á quien de nada habia creado César, á su mujer Valeria, y Candidiano su hijo. Mas apenas hubo cerrado los ojos Galerio, Licinio para pagar su deuda de agradecido hizo morir muy pronto á Valeria y Candidiano. La justicia divina se valia del furor de aquellos monstruos para extender por toda la raza de los perseguidores el castigo de los inveterados crímenes de los padres. La muerte de Galerio dejaba el imperio legítimamente partido entre Constantino, Licinio y Maximiano, los cuales reconociéndose todos tres como augustos, pero disputándose la preeminencia, reinaban, el primero en las Galias, España y Gran Bretaña, el segundo en la Iliria, el tercero en el Asia, el Oriente y Egipto. El centro del imperio, esto es, la Italia y el África, estaba en poder de Maxencio, el cual no habiendo sido proclamado jamás emperador de un modo regular, ni por Diocleciano, ni por Galerio, era mirado como usurpador, en latín *tyrannus*.

24. El nuevo edicto de Galerio produjo en todo el Oriente, á favor de los cristianos, lo que los Judíos habian experimentado al fin del cautiverio de Babilonia. Fueron puestos en libertad todos los confesores presos en los calabozos; y restituidos á esta y á ver la luz del día los condenados á las minas. Se veia, en todas las ciudades, celebrar los cristianos sus asambleas, hacer sus ordinarias colectas para socorrer á los

yugados por una influencia nueva, habian abandonado las máximas de sus padres, y formaban asambleas para un culto nuevo. A consecuencia de nuestras ordenanzas han perecido en gran número por diversos suplicios. Sin embargo, viendo que los que aun sobreviven perseveran en sus sentimientos y rehusan servir á los dioses, aunque no tengan la libertad de adorar al Dios de los cristianos; no consultando sino á nuestra clemencia y á esta bondad natural que nos ha impelido siempre á inclinarnos del lado de la indulgencia, hemos creído extender á ellos nuestra paternal misericordia. Podrán pues profesar libremente su religion y restablecer los lugares de sus asambleas, sometiéndose empero á los reglamentos del imperio. Por otro decreto haremos saber á los magistrados la conducta que han de observar con ellos. En virtud de esta gracia que les otorgamos, los cristianos estarán obligados á rogar á su Dios por nuestra salud, por la salvacion de la república, á fin de que el imperio prospere en todas partes, y que puedan ellos mismos vivir en paz y con seguridad. »

pobres, viudas y huérfanos. Aparecia de nuevo la caridad en el mundo, al propio tiempo que la religion de Cristo. Los paganos, que habian creído asistir á los funerales del cristianismo, sorprendidos y atónitos de revolucion tan inesperada, proclamaban en grito que el Dios de los cristianos, vencedor de los Césares, era el solo grande, solo verdadero. Los confesores, libres ya de sus cadenas, volvian á su patria, y atravesaban las ciudades en medio de aclamaciones y cantos de triunfo. Se les veia, en numerosos grupos, por los caminos y plazas públicas, cantar salmos y cánticos. Las poblaciones, hasta las paganas mismas, se asociaban á su regocijo; por manera que era una fiesta pública para el imperio la reaparicion de estos cristianos que, desde ocho años habia, se trataba de exterminar con el mayor rigor en toda la extension del imperio.

§ VI. SAN MELQUIADES, PAPA (2 de julio de 311-10 de enero de 314).

25. Pasados nueve meses de una vacante cuyos motivos no nos ha dejado consignados la historia, la silla de san Pedro fué ocupada por san Melquíades. Cupo á este venturoso pontífice recoger en la paz lo que sus antecesores habian sembrado en los combates y con su sangre. Comenzó su administracion enviando á los diáconos Stratano y Casiano á volver á tomar posesion de las iglesias y otras propiedades que segun los nuevos edictos tenian que ser devueltas á los cristianos.

26. En el primer año del pontificado de san Melquíades (311), se consumó por desgracia el cisma de los Donatistas en Cartago. Los obispos de África, aprovechándose de la paz que acababa de darse á la Iglesia, se habian reunido en Cartago para nombrar sucesor á Mensurio, obispo de esta ciudad, muerto durante la persecucion: fué elegido á la unanimidad el diácono Cecilio, y el obispo de Aptonga, Félix, le impuso las manos, le hizo sentar en la silla episcopal y le entregó el inventario de vasos sagrados de plata y oro, de cuya guarda habia encargado Mensurio á los ancianos de la iglesia. Algunos de estos infieles depositarios habian esperado volver á

provecho suyo ciertos objetos preciosos, y se coligaron para ello con dos diáconos intrigantes, Botro y Celeusio, que habian ambicionado el obispado de Cartago. Previo concierto, habian convocado á los obispos de la Numidia que no lo habian sido para la ordenacion de Ceciliano. Estos prelados eran los mismos que hemos visto, en 305, juntarse para la ordenacion del traditor Silvano, obispo de Cirta. Bajo la direccion de *Donato*, obispo de Casa-Nera en Numidia, se forman en conciliábulo y deponen á Ceciliano, so pretexto de haber sido traditor Félix de Aptonga, que le habia consagrado; además, que Ceciliano habia rehusado venir á su asamblea, y en fin, que cuando aun era diácono habia impedido á los fieles llevar socorros á los mártires encarcelados durante la persecucion de Diocleciano. Considerando pues como vacante la silla de Cartago, eligen y ordenan obispo de esta silla á Majorino, lector, levantando así altar contra altar en la misma iglesia. Tal fué el origen del largo cisma de Cartago, que tomó su nombre de donatista del obispo Donato, obispo de Casa-Nera, principal fautor y defensor. Ceciliano no se dejó amilanar por esas intrigas y calumnias; y se creyó harto justificado por el mero hecho de estar, dice san Agustin, « unido de comunion con la » Iglesia romana, donde ha residido siempre en todo su vigor » la principalidad de la Silla apostólica, y ante la cual estaba » dispuesto á defender su causa. » Iremos viendo como mas tarde la Iglesia romana pronuncia su sentencia, y hace justicia á la verdad, á la inocencia y al derecho (311).

27. El edicto de Galerio, que restituia la libertad á los cristianos, se ejecutó tan pronto como se conoció en todas las provincias del imperio. Ninguno de los cólegas de este antiguo César se atrevió á resistirse á su voluntad tan expresa y auténticamente promulgada. Pero les era muy costoso sobrellevarlo á los sanguinarios instintos de Maximino Daya, quien tomaba extremo placer en esos suplicios cotidianos, en esos juegos carnicidas del anfiteatro que no tendrian con que alimentarse. Así es que en el año siguiente á la muerte de Galerio (octubre de 311), publicó un decreto que prohibia á los

cristianos reunirse en las ciudades para el ejercicio de su culto, so pretexto de que perturbaban el orden público. Los gobernadores y procónsules, adivinando la intencion del emperador bajo las formas suaves que la velaban aun, comprendieron que era necesario perseguir de nuevo á los cristianos. Se comenzó por calumniar sus costumbres, y por ultrajar la memoria de su divino fundador. Fueron esparcidas por todo el Oriente sometido á Maximino falsas actas de Pilatos, llenas de blasfemias contra Jesucristo, como sacadas de los archivos imperiales. Fueron sobornadas mujeres de mala vida, que declarasen ante los tribunales que en sus asambleas celebraban los cristianos misterios infames de que ellas mismas habian sido parte. Muy pronto se pasó á los suplicios. Se les reventaba los ojos á los confesores; se les cortaba las manos, los piés, la nariz, las orejas. Maximino habia prohibido llevar mas allá el rigor, mas no tardó en echarse en olvido esta recomendacion, y pareció volver el tiempo de los martirios. San Pedro, obispo de Alejandria, dió su vida por la fe, así como los santos Hesiquio, Teodoro y Pacomio, obispos. En Antinous, el monje Apolonio, arrojado á una hoguera encendida, fué preservado milagrosamente de las llamas: prodigio que convirtió al juez que le habia condenado. Se llamaba este Ariano; y mas fuerte que la muerte misma por la fe, que habia subyugado su corazon, vino á ser tambien mártir por ella. Se le arrojó al mar con otros muchos confesores por orden del prefecto de Alejandria. En Emesa, el obispo Silvano fué devorado por las fieras del anfiteatro. En Nicomedia, el sacerdote Luciano pasó por un nuevo género de suplicio. Despues de haberle dejado, muchos dias consumirse por el hambre, y cuando se le suponía muy atormentado de ella, se le sirvió una mesa espléndida cubierta de manjares ofrecidos á los ídolos; el santo se resistió á esta tentacion, la mas violenta que puede sufrir la naturaleza, y le fué cortada la cabeza por el verdugo. — Maximino Daya deliraba en su feroz aborrecimiento á los cristianos y su fanatismo por la idolatria. La nacion armenia y su rey Tiridates acababan de recibir la fe de Jesucristo por el celo y predica-

cion de san Gregorio, llamado el iluminador y apóstol de la Armenia. A esta noticia, Maximino Daya, sin hacerse cargo del título de aliado de los Romanos, que habia merecido la Armenia por su fidelidad nunca desmentida en siglos, le declaró la guerra y entró en este país al frente de un ejército formidable. Pero los Armenios lograron acabar fácilmente con este bárbaro sin inteligencia y sin talento militar: le batieron en todos los encuentros, y quedó tan derrotado que hubo de dejar el país ignominiosamente. En las ciudades de Armenia, que estaban sometidas á los Romanos, hubo en esta época gran número de mártires. Como nacion, estos cristianos de los primeros siglos defendieron la verdadera religion; y como particulares, murieron por ella.

28. Mientras todo esto sucedia en el Oriente, se verificaba á las puertas mismas de Roma el mayor acontecimiento del siglo cuarto (312). Maxencio habia declarado la guerra á Constantino para vengar, decia él, la muerte de Maximiano Hércules, su padre, pero, en la realidad, para llevar á cabo un designio que de mucho tiempo le preocupaba, y era apoderarse de las Galias. Constantino se decidió á salir en busca de su enemigo. Maxencio, para mas captarse las voluntades, habia restablecido los pretorianos; su ejército se componia de ciento setenta mil infantes y diez y ocho mil caballos. Constantino no temió atacar á Maxencio y su tan formidable ejército con solos cuarenta mil soldados veteranos: pasó los Alpes Cotianos por uno de aquellos caminos indestructibles que habian abierto los Romanos, tomó Susa por asalto, deshizo un cuerpo de caballería de línea en las cercanías de Turin, otro en Breescia; capitula Verona: la guarnicion cautiva es atada con cadenas hechas de las espadas de los vencidos, y con esta marcha triunfal, Constantino se presenta en las puertas mismas de Roma. Maxencio se habia encerrado y fortificado en ella, porque un oráculo le amenazaba de muerte si salia; pero sus jefes y capitanes, la mayor parte muy peritos en la guerra, mantenian el campo en lugar suyo. Constantino se habia acampado en frente del puente Milvio, hoy *Ponte Mole*. En cierto dia en que se ade-

lantaba él al frente de un cuerpo de tropas, á cosa del medio día apareció en medio del cielo una cruz radiante de luz en la direccion del sol. Sobre esta cruz milagrosa se leian en caracteres de fuego estas palabras latinas: *In hoc signo vinces*. La aparicion de este prodigio, del cual fué testigo todo el ejército, conmovió profundamente á Constantino, quien muchos años despues se lo contaba él mismo á Eusebio, obispo de Cesarea. En todo el dia no hacia sino pensar en esta vision maravillosa: pero en la noche siguiente se le apareció la misma cruz, y Jesucristo, revelándosele á él mismo, le mandó colocar esta imágen en sus estandartes. Al dia siguiente, al lado de las águilas romanas se vió en todo el ejército una bandera de una forma no conocida hasta entonces. Era una pica larga de palo dorado que tenia en la parte superior un travesaño en forma de cruz, en cuyos brazos flotaba un tejido de oro y pedrerías: en la cabeza brillaba una corona de oro y piedras preciosas, en medio de la cual estaba el monograma de Cristo, formado de las dos iniciales griegas de este nombre. Este monograma y la imágen de la cruz fueron colocados en todos los cascos de los soldados. Tal era el famoso LÁBARO. Y así esta cruz, reservada hasta entonces como suplicio de infamia para los mas viles criminales, despues de tres siglos de ultrajes, de incredulidad y de persecucion, triunfa del mundo, toma asiento entre las cosas mas reverenciadas, y se convierte en estandarte de las legiones romanas, que el mundo vencido miraba con respeto y admiracion [mientras se acercaba el dia de adorarla]. « La batalla que iba á darse entre Maxencio y Constantino, dice Chateaubriand, es del corto número de aquellas que, expresion material de la lucha de las opiniones, vienen á ser, no ya solo un hecho de guerra, sino una verdadera revolucion. Encontráronse dos mundos y dos cultos en el puente Milvio; se hallaron á la faz una de otra dos religiones, con las armas en la mano, en las orillas del Tiber, á la vista del Capitolio. Maxencio preguntaba y consultaba los libros de las Sibilas, sacrificaba leones, hacia abrir el vientre y seno de mujeres en cinta para ir á escudriñar en el seno de

los niños arrancados de las entrañas de sus madres : se suponía que corazoncitos que aun no habían palpitado eran incapaces de abrigar ni de ocultar ninguna impostura. Constantino venía por impulso de la Divinidad y por la grandeza de su genio : así lo expresan las palabras que se grabaron en su arco de triunfo : *Instinctu Divinitatis, mentis magnitudine*. Los antiguos dioses del monte Janículo tenían formadas al rededor de sus altares las legiones que en su nombre habían conquistado el universo ; á la faz de aquellos soldados estaban los de Cristo : el *Lábaro* dominó á las águilas , y la tierra de Saturno vió reinar al que predicaba en una montaña : el tiempo y el género humano habían dado un paso » (CHATEAUBRIAND, *Estud. histór.*, edic. Charpentier, p. 218). — La batalla de Accio del cristianismo se dió en 28 de octubre de 312. Maxencio, infiel en esta ocasión al voto que había hecho de no combatir fuera de Roma, atravesó el Tiber, echando en él un puente de madera, cortado en dos partes móviles. Su plan era traer á Constantino á este puente, separar entonces los dos lados y anegar á su enemigo en el río. Presentó su ejército formado en batalla al otro lado del Tiber, teniendo este á espaldas, falta estratégica y enorme imprudencia, pues que sus soldados, por poco que se viesen forzados á retroceder, eran infaliblemente precipitados en el Tiber. Constantino, como hábil general, desplegó muy ventajosamente su ejército en el llano, y con la pericia militar en sus combinaciones suplió á la inferioridad numérica de sus tropas. Las de Maxencio fueron cortadas y destrozadas al primer choque : los más valientes murieron en sus puestos ; los demás soldados, perdidos, atolondrados y ciegos, se echaron al Tiber, en donde quedaron ahogados la mayor parte. Maxencio fugitivo se volvió apresuradamente al puente que había mandado hacer ; la muchedumbre que se amontonaba al mismo tiempo que él, hizo romper el puente, construido con muy diferente objeto. Maxencio cayó al río y se ahogó, pereciendo con la muerte que preparaba á su adversario. El Dios de los cristianos había cumplido la palabra dada á Constantino, y el *Lábaro* quedó victorioso.

Constantino hizo al día siguiente su entrada triunfal en Roma, donde el regocijo de todas las clases igualaba al suyo. Pero el terror del nombre de Maxencio era tan grande, que de pronto no se decidió el pueblo á creer la noticia de su muerte por temor de una terrible venganza, si el rumor era falso y fuese desmentido : mas habiéndose encontrado y reconocido el cuerpo del tirano, que se había quedado atascado en el légamo ó fango, fué llevado á la ciudad como prueba y prenda de la libertad de los Romanos. Entonces ya no fué posible contenerse en los más entusiasmados transportes de júbilo, y la muchedumbre del pueblo corría por la avidez de conocer y contemplar el rostro del vencedor. « No ha habido día alguno tan » placentero como este, desde la fundación de Roma : ninguno » de los triunfos que la antigüedad nos encomia puede compararse con el triunfo de Constantino. No se han visto marchar » delante del carro del vencedor generales enemigos cargados » de cadenas, sino al contrario, se vió á toda la nobleza romana librada de las que le habían hecho arrastrar las violencias del tirano. No se han arrojado los bárbaros á los calabozos » profundos, sino que se han sacado de ellos á los que allí tenían la avaricia y crueldad de Maxencio. No forman la decoración de esta fiesta los cautivos y prisioneros extranjeros ; » sino que Roma misma es quien ha salido del cautiverio. Nada » ha conquistado al enemigo ; mas se ha recobrado á sí misma : » no se ha enriquecido con nuevos botines de guerra, sino que » ha cesado ella de serlo de un tirano ; y, lo que es el colmo » de su gloria, en cambio de la esclavitud, ha recobrado » Roma sus derechos al imperio. En lugar de prisioneros de » guerra, que desdeñó traer el vencedor en su pompa, cada » uno sustituía en su espíritu otra especie de cautivos : se » creían ver encadenados los más terribles monstruos del género humano : domada la impiedad, vencida la perfidia, la » audacia encadenada, encadenadas y aherrojadas la tiranía, » la crueldad, la cólera, el orgullo y la arrogancia, la licencia y » el desorden, enemigos furiosos, cuyos excesos hemos resentido [por tantos siglos], y que rabian de furia por verse en la